RESPIRAR UN AIRE YA RESPIRADO
Dionis Escorsa 2020

Texto contagiado por el poema de Federico García Lorca
NUEVA YORK (OFICINA Y DENUNCIA) 1929

En el Libro del Génesis, Dios ordena:
“Creced y multiplicaros”

Y Garcia Lorca contesta:
“Debajo de las multiplicaciones hay una gota de sangre de pato”

Algo malo le está pasando estos días a la arquitectura. Puede ser debido al abuso que ha sufrido durante el confinamiento. Parece infectada por el virus. Tiene fiebre y le falta oxígeno. Su función inmune (es decir anticomunitaria) sobreactúa, atacada desde fuera por otro tipo de multiplicación espacial. Ya sólo construye salas cerradas, levanta muros y rejas, obstruye conductos, refuerza los cerrojos, mantiene a distancia la vegetación y ya no crea espacio público. Han desaparecido las calles, los edificios se unen entre ellos sin dejar rendijas, las ventanas encajan con las de los vecinos de enfrente. Estamos todos encerrados en una prisión infinita, *en la última fiesta de los taladros.*

La arquitectura no estaba preparada para tener que funcionar en la luna o como nave espacial. Sus compartimentos no son estancos. Hay grietas y fugas. Los algoritmos que la recorren empiezan a dar series de errores. *Tierra tú mismo que nadas por los números de la oficina.*

La calle ya no existe, pero su imagen se alarga desde la ventana hasta tocar la pared. Pierde una dimensión y se hace sombra. Su proyección implica un transporte, que es un algoritmo de compresión. El pliegue se vuelve a desplegar, esta vez hacia dentro. Deposita peatones señalados, que se esparcen por el piso. Presencias incorpóreas, enmascaradas, que se multiplican sin dejar de hablar. Personas que son las diversas imágenes que puede adquirir uno mismo. No se sabe si vienen a infectar el sistema inmunológico doméstico o a reforzarlo. Pero van entrando en casa por balcones invertidos. Balcones que han pervertido su función escópica, y ya no sirven para mirar, sino para dejar que miren dentro. *Existen las montañas, lo sé. Y los anteojos para la sabiduría, lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.*

Los conozco a todos. Todo lo que puedo decir sobre ellos es que ya estaban, ya habían entrado antes en casa, aunque nunca se hubieran sentado aún en la sombra de mi silla. Brillan pero están pálidos. No se pueden sacar de encima el marco pantalla, se han vuelto representaciones, son arte. *Os escupo en la cara.*

Estamos acostumbrados a la gente enmarcada: El marco articula la necesidad de secuenciar escenas. Introduce el tiempo de la narración, y hace posible la composición. El marco actual es luminoso, más versátil que la obsoleta ventana, que hace tiempo que ya no enmarca a nadie, porque las calles están vacías. *Yo denuncio la conjura de estas desiertas oficinas que no radian las agonías, que borran los programas de la selva.*

Su brillo recortado hipnotiza la memoria, como si las pantallas fueran las únicas fabricantes de espectros. Pero solo emiten luz lenta, congelada. Son pálidos reflejos del sol, que lanza nuestros fantasmas iluminados en todo momento y a la máxima velocidad hacia las otras estrellas, para que todo vuelva a ocurrir a la distancia adecuada. *Pero yo no he venido a ver el cielo. He venido para ver la turbia sangre, la sangre que lleva las máquinas a las cataratas.*

Esos días de clausura, he colaborado en las fulguraciones poliédricas de la pantalla. Envío mínimos trazos de lápiz sobre luz. Altero las partículas que toco con mis ojos. Es el placer de ser archivado en los múltiples servidores del diablo. Incluso el perro empieza a tener cara de fina raya discontinua. *Más vale sollozar afilando la navaja o asesinar a los perros en las alucinantes cacerías que resistir en la madrugada los interminables trenes de leche, los interminables trenes de sangre, y los trenes de rosas maniatadas por los comerciantes de perfumes.*

Ya ni me levanto para rebobinar mis fantasmas, que aún están aquí, como siempre sin carne. Me salvaría soñar, si no consistiera en lo mismo: otro tipo de encierro con espectros. Desde que ya no apagamos las cámaras, el rebobinado permite vernos rebobinando. *Como los niños en las porterías que llevan frágiles palitos a los huecos donde se oxidan las antenas de los insectos.*

En este preciso instante, el rectángulo se aproxima al balcón y se apodera de una paloma que se ha caído del nido y de una mujer que la cuida. Sobre el escenario aparece un diablo que filma. La paloma lleva una nube pegada en las plumas. La mujer la lava y le da semillas con una jeringuilla. Sus abuelas saludan desde un balcón idéntico, también con alas, también enmarcadas. Cuesta entender el sistema nervioso de las marionetas, porque es eléctrico. El tacto de las paredes ya no es rugoso, desprenden luz. Me miro las manos: soy una cocina, una cama y un lavabo. ¿La arquitectura está enferma o es perversa? *Yo denuncio a toda la gente*

que ignora la otra mitad, la mitad irredimible que levanta sus montes de cemento donde laten los corazones de los animalitos que se olvidan.

Estas repeticiones, vaciados y bloqueos afectan al espacio de la misma manera que lo haría un algoritmo malicioso. La falta de neutralidad de la arquitectura se agudiza. Cuando se fragmenta, organiza el relato de una expansión pero también la escenificación de su propia destrucción. *Todos los días se matan en New York cuatro millones de patos, cinco millones de cerdos, dos mil palomas para el gusto de los agonizantes.*

El paisaje no puede fingir más su indiferencia. Por medio de las imágenes, se queja de su olvido. Hace tiempo que ha escogido una máscara y se ha unido a la tropa de marionetas fantasma que rondan por casa. Se ha convertido en algoritmo, como todo el mundo. Para él somos virus. *¿Qué voy a hacer, ordenar los paisajes? ¿Ordenar los amores que luego son fotografías, que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre?*

Yo por si acaso, evito las multiplicaciones, cierro los espejos y desenmarco los cuadros. Fuera, el virus se extiende com una necrosis. Esperemos que sea tan sólo un disfraz momentáneo del paisaje y que la palomita no se ponga más grave. Tendremos que enmarcarla si tose, y vigilar su reflejo. *No es el infierno, es la calle. No es la muerte, es la tienda de frutas.*

(Texto creado como hoja de sala de la exposición “El balcón inverso” para la Fundación Suñol, cancelada en Setiembre de 2020 debido a la pandemia. Revisado en Diciembre 2024)

NUEVA YORK (OFICINA Y DENUNCIA)

A Fernando Vela

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.
Debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero.
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna;
un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
Existen las montañas, lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría,
lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
He venido para ver la turbia sangre,
la sangre que lleva las máquinas a las cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.
Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,
un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos
que dejan los cielos hechos añicos.
Más vale sollozar afilando la navaja
o asesinar a los perros en las alucinantes cacerías
que resistir en la madrugada
los interminables trenes de leche,
los interminables trenes de sangre,
y los trenes de rosas maniatadas
por los comerciantes de perfumes.
Los patos y las palomas
y los cerdos y los corderos
ponen sus gotas de sangre
debajo de las multiplicaciones;
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas
llenan de dolor el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.
Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones

de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos
en la última fiesta de los taladros.
Os escupo en la cara.
La otra mitad me escucha
devorando, cantando, volando en su pureza
como los niños en las porterías
que llevan frágiles palitos
a los huecos donde se oxidan
las antenas de los insectos.
No es el infierno, es la calle.
No es la muerte, es la tienda de frutas.
Hay un mundo de ríos quebrados y distancias inasibles
en la patita de ese gato quebrada por el automóvil,
y yo oigo el canto de la lombriz
en el corazón de muchas niñas.
óxido, fermento, tierra estremecida.
Tierra tú mismo que nadas por los números de la oficina.
¿Qué voy a hacer, ordenar los paisajes?
¿Ordenar los amores que luego son fotografías,
que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre?
No, no; yo denuncio,
yo denuncio la conjura
de estas desiertas oficinas
que no radian las agonías,
que borran los programas de la selva,
y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas
cuando sus gritos llenan el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.

Federico García Lorca